



**CANCION FUNEBRE**  
**DE CHAGGAS AMERICANO,**

A LA PREMATURA MUERTE

**DE SU QUERIDA ATALA.**

He nacido americano errante; y  
 mi padre á mi lado espiró,  
 y en los campos terribles de Marte,  
 la venganza me recomendó:  
 asimismo á su caro aliado  
 encargó mi cuidado al morir;  
 pero yo me aparté de su lado,  
 no queriendo sus pasos seguir.

Llegué al campo enemigo, y rendido  
 me aprisionan, y en mi triste suerte,  
 yo tranquilo esperaba la muerte,  
 cuando Atala se me apareció  
 con el rostro cubierto de un velo,  
 me aconseja la debo seguir:  
 se descubre, y al ver aquel cielo,  
 con Atala resuelvo á partir.

Triste Chactas ¡cuán rápida ha sido  
la terrible ilusión de tu dicha!  
sumergido en perpetua desdicha,  
solo ves un fatal porvenir:  
bella vírgen, tu vida espusiste  
por librarme de muerte funesta;  
mi canción para siempre será esta:  
sin mi Atala no puedo vivir.

El desierto con todas sus flores  
en un día sereno no iguala  
la hermosura sin par de mi Atala  
cuando tuve con ella que huir;  
ni las aves tampoco cantaban  
con tan grata y feliz melodía;  
se acabó para mí la alegría;  
sin mi Atala no puedo vivir.

Cuando atado en el campo me hallastes,  
y me diste feliz libertad,  
de una muerte cruel me librastes,  
y de tí no me puedo apartar:  
quiero siempre seguirte y amarte,  
y teniendo contigo que huir,  
por mi vida tu fin encontraste;  
sin mi Atala no puedo vivir.

Cuando el rayo cayó en el desierto,  
y aquel árbol frondoso abrasó;  
¡quién dijera, mi querida Atala,  
que tu fin muy funesto indicó!  
Este caso terrible me asombró,  
me consterna, y bien puedo decir,  
¡ay de mí! que de pena fallezco;  
sin mi Atala no puedo vivir.

El encuentro del viejo ermitaño,  
¡quién creyera, infeliz, que anunciaba  
con la lúgubre luz, que llegaba  
el final de tu propio existir?  
Sus palabras tiernas nos inclinan,  
que queremos sus huellas seguir,  
mas lo frustra la parca homicida:  
sin mi Atala no puedo vivir.

¡Lloraré eternamente tu muerte;  
he perdido lo que mas amaba;  
¡ay de mí! cuando menos pensaba,  
ví con pasmo mi amor concluir:  
ya no existe mi dulce esperanza,  
solo tengo dolor y amargura,  
ya acabó para mí la aventura;  
sin mi Atala no puedo vivir.

Obcecada tu tímida madre,  
hizo un voto funesto á tu vida;  
te creíste á mi lado perdida  
sin quererme tus penas decir;  
el secreto fatal que en tu pecho  
encerraste ¡ay de mí! eternamente,  
te ha perdido y me pierde igualmente;  
sin mi Atala no puedo vivir.

Con su muerte, mi querida Atala,  
contristose mi pecho amoroso,  
y en lugar de un futuro reposo,  
solo siento desdicha, infeliz:  
has dejado á mi alma afligida,  
sin que pueda ya tener contento,  
esclamando con gran sentimiento:  
sin mi Atala no puedo vivir.

Con sus trémulas manos, Atala,  
una imágen de Cristo me dió,  
que en el cuello pendiente llevaba,  
y en el mismo momento espiró:  
esta herencia preciosa me entrega,  
y me encarga he de recurrir  
en mis tristes desgracias á ella;  
sin mi Atala no puedo vivir.

Yo contaba los días felices  
que pensaba pasar á tu lado,  
y tenia tambien ideado  
nuestro rústico albergue construir;  
mas ¡oh cielos! que en vez de cabaña,  
y en lugar de la dicha futura,  
yo te he dado, infeliz, sepultura:  
sin mi Atala no puedo vivir.

Enterrada en país extranjero  
nadie habrá que por tí se interese:  
¡oh! si al menos el Cielo quisiese  
algun día mis penas oír:  
yo muriera gustoso al instante,  
y á tu lado gozara el reposo  
que me niega este mundo engañoso;  
sin mi Atala no puedo vivir.

Ya mis ojos vertiendo alegría  
no verán tu belleza ignorada,  
ya tendiendo mi triste mirada  
solo anhelo llorar y gemir:  
el amor que mi alma sustenta  
con el llanto que brota deshecho,  
abrasado devora mi pecho:  
sin mi Atala no puedo vivir.

Quando vi en tu amor la pureza,  
cuando oí de tu voz la armonía,  
celestial y divina alegría  
inundó mi feliz existir:  
hoj recuerdo las dichas soñadas,  
y mi alma solloza amargura,  
que se huyó tan dichosa ventura:  
sin mi Atala no puedo vivir.

Yo contemplo la lápida fria  
do reposa mi amada infelice,  
y su aspecto di. ino me dice:  
llega, Chactas, no temas morir;  
lisonjera ilusion ven mis ansias:  
el cuchil. o. . y me hiero contento;  
se acabó para mí el sufrimiento;  
sin mi Atala no puedo vivir.

Cuidadoso reparo el albergue  
en que ví del amor las delicias,  
busco en vano sus tiernas caricias  
pero empiezo de nuevo á sentir:  
nada encuentro que aliviar alcance  
loš suspiros que mi alma exhala:  
yo no puedo vivir sin mi Atala:  
sin mi Atala no puedo vivir.

De este modo dió fin á su canto  
el mas dulce y desgraciado amante,  
con la tierra jegó su semblante,  
ya no se oye llorar ni gemir:  
el silencio á los ayes sucede,  
y no llora, tampoco respira  
sobre el cuerpo de su amada espira  
quien sin ella no pudo vivir.

## COMPENDIO

### DE LA HISTORIA DE ATALA.

Los Mescogules y Siminoles, rivales de los guerreros Natchez, nación situada de una parte de la América Septentrional, tenían la costumbre de quemar á sus prisioneros de guerra. Chactas, hijo de Outalissi, el mas valiente de aquellos guerreros, habia caído en su poder. Era de noche; el jóven, atado á la hoguera destinada para el dia siguiente al sacrificio, entonaba cánticos de muerte. La virgen del desierto, la bella Atala, hija de Simaghan el jefe vencedor, á favor de las sombras de la noche, desata al prisionero y huyen juntos al desierto escudados por las tinieblas: veinte y siete dias caminaban ambos por los campos inmensos de aquellas soledades. Atala, presentando á Chactas un crucifijo de oro, le dice: yo soy cristiana; mi religion me manda que me separe de tí. Quiere huir; él la detiene: una horrenda tempestad estalla violentamente: los rayos abrasan el bosque, y la lluvia se desprende en torrentes que inundan el desierto. Chactas recogiendo en sus brazos á la desconsolada virgen, la esconde en la concavidad de un árbol y la dice que la amará siempre; que todo el poder de los hombres no ha tará á separarles. Un santo ermitaño, el padre Aubry, habitador de aquellas mon-

tañas, guiado de un perro fiel, descubre á los desgraciados amantes, y les ofrece la hospitalidad en nombre de Dios y de la religion.

Salen del bosque trepando por la maleza; el perro iba delante conduciendo una linterna en el extremo de un palo: despues de haber caminado como media hora por los peligrosos senderos de la montaña, llegan á la gruta del misionero, y el buen viejo se da prisa á encender lumbre con yerba seca, sirviéndoles una torta de maiz.

En un lecho de musgo, preparado por el padre Aubry, descansa la doncella: Chactas, lleno de amor y de esperanza se duerme tambien tranquilamente. Apenas la pálida luz de la mañana arrojaba sus primeros destellos, Atala en los brazos de la muerte, cogiendo la mano de su amante, le dijo: un voraz veneno ha puesto término á mis dias; todo remedio es imposible; un voto hecho en los brazos de mi madre, me ha impuesto este doloroso deber. Habia jurado eternamente consagrar á Dios mi virginidad; lo he cumplido. El anciano ermitaño esclama: Dios no exige de nosotros tamaños sacrificios: levanta tu cabeza, infeliz criatura, hácia Dios, él te va á juzgar en este instante.—Atala besa la imagen de nuestro Redentor, y volviendo los ojos á Chactas le dirige sus últimas palabras: no he sido tuya porque un deber me lo prohibia: mi esposo es el Criador... ¡adios!

Apenas habia pronunciado estas palabras, tomó el sacerdote un poco de algodón en un aceite consagrado, y ungió con él las sienas de la jóven moribunda.

¡Atala ha muerto! sus restos yacen en la ermita cárdenos é inanimados. El santo ermitaño recoge aquellos miserables despojos, y rezando una oracion fúnebre, los deposita en el lecho de la eternidad. Atala, la flor mas pura del desierto, yace en una sencilla sepultura, abierta por el padre Aubry y su desconsolado amante. Las palmas crecen en su superficie, y se eleva de su seno una modesta cruz. ¡Dichosa tú! ¡oh criatura angelical, que has pasado por este mundo como una flor solitaria que desaparece al soplo poderoso del huracan! ¡Dichosa tú, que en medio de la tierra duermes el sueño de los ángeles!



Madrid. — 1861.

IMPRESA DE D. J. M. MARES, PLAZUELA DE LA CEBADA, NUM. 96.